
EL COMPLEJO DE EDIPO INVISIBLE

por Edna O'Shaughnessy

En este capítulo me concentro en una pequeña área del complejo de Edipo: sus primeras etapas, cuando se llega a ellas tras un desarrollo temprano perturbado. Cuando Klein (1928, 1932) añadió nuevos estadios y posteriormente vinculó la Posición Depresiva, de la que depende en su opinión la salud mental, al complejo nuclear de Freud, amplió la constelación emocional de la que toma su forma individual el complejo de Edipo de cada paciente. Los pacientes que yo presento luchan por eliminar una situación edípica temprana que sienten que les amenaza continuamente. Como se hará evidente, en estos pacientes destacan los sentimientos de exclusión, los problemas de separación y de soledad frente a la pareja edípica y, sobre todo, un tipo característico de escisión sexual.

Comenzaré con un detallado informe sobre León, que a sus once años se está acercando a la pubertad, pero cuya vida mental está todavía ocupada en gran parte por las defensas contra sus relaciones perturbadas con sus objetos primarios y por una constelación edípica temprana traumática. Presentaba un problema de pánico ante cualquier perspectiva nueva. Cuando comenzó su análisis se aproximaba el cambio a la escuela secundaria y sus padres pensaban que no podría hacerlo. Por lo demás, me dijeron -aunque el padre no parecía muy convencido- no había “problemas”. Era un “chico completamente normal”. León era su primer hijo, seguido de cerca por un segundo chico concebido cuando León tenía cuatro meses. El hermano pequeño de León le sacaba la cabeza de alto, era alborotador y activo, mientras que León se quedaba en su cuarto con un libro, aunque salía a jugar si algún amigo tomaba la iniciativa. Sólo con dificultad se animó su madre a hablar de la infancia de León que consideraba que había sido “terrible”. Lloraba durante horas; ella no podía soportarlo, ni tampoco el darle de comer. “No era lo que yo esperaba”, repetía. Esta limitada y poco comprensiva, particularmente por parte de la madre, descripción de León -intolerable de niño y ahora sin reconocimiento de sus ansiedades, y con unos padres que no esperaban que quisiera o que fuera capaz de afrontar la vida- pronosticó exactamente parte de lo que se reveló en el análisis.

El primer día León se colocó cerca frente a mí, sentándose con una especie de movimiento de atornillado sobre un banquito, entre dos cojines. Excepto en dos sesiones, durante los primeros 18 meses de análisis sólo se levantó del banco para ir al lavabo. Me miraba a través de dos diferentes pares de gafas -uno como el de su madre, el otro como su padre- inspeccionando la habitación o a mí misma en busca del menor movimiento o cambio. Cualquier cambio le ponía muy ansioso. Parecía más joven de lo que era, un chico deprimido, lleno de bultos, débil, que transmitía su poca esperanza de ser comprendido. Su aspecto podía cambiar asombrosamente. Podía “transformarse” y parecer una versión de su padre, o “transformarse” y parecerse a su madre; también se “transformaba” en un niño pequeño enfermo, y a veces parecía extrañamente agrandado. Este aspecto cambiante se debía, creo yo, a su proyección y casi total identificación con sus objetos en un nivel emocional temprano. Las figuras que había aceptado -o las que habían entrado forzosamente- en su mundo interno también eran vivenciadas en una forma física y concreta; ellas le poseían y él las personificaba. León sentía que el análisis era una molestia ante la que estaba a la vez en contra y a favor, aunque a veces también estaba agradecido. Una vez me dijo: “Yo no la quiero, la necesito”.

Al principio, después de insertarse entre los cojines y de explorar rápidamente la habitación en busca de cambios, se pasaba las sesiones mirando fijamente en silencio al suelo o a la puerta que tenía enfrente. Averigüé que veía puntos en el suelo que “le atraían” y “le mareaban”, pero si apartaba la vista se libraba de ellos. Sobre la puerta dijo que “veía dibujos”. Me señaló lo que él llamaba un “dibujo”: un pene con testículos claramente. Explicó que la puerta se le acercaba cada vez más, pero si él salía de la habitación y volvía, la puerta estaría otra vez en su sitio. Durante muchas sesiones relató estos acontecimientos con una voz natural en contestación a las preguntas, habiendo disociado totalmente la ansiedad subyacente a estas cuasi alucinaciones así como su fascinación por ellas. Parecía estar fragmentando en puntos y dibujos dos objetos internos terroríficos, y vaciando su mente de ellos en el suelo y en la puerta. Allí los vigilaba, retraído del contacto conmigo y con la sala de juego, tratando de controlarse y de librarse de la ansiedad y del contenido emocional. Nunca conseguía permanecer mucho tiempo mentalmente vacío y retraído. Por momentos se apoderaba de él el terror, o un ramalazo de odio hacia mí, o una depresión aguda, o una súbita ternura. Él solía librarse rápidamente de estos intensos sentimientos contradictorios que le empujaban y tiraban de él. Tenía un continuado conflicto entre retraerse o permitir el contacto, conflicto que se expresaba en sus pies, que retiraba bajo su banco, los sacaba hacia mí y los volvía a retirar. A veces se tapaba los oídos pero las más de las veces me escuchaba atentamente. Tras los primeros meses de análisis su enorme ansiedad latente disminuyó mucho, lo que le produjo un gran alivio. Y, para asombro de sus padres, consiguió pasar a la escuela secundaria sin pánico.

Esto me lleva ahora al tema del complejo de Edipo de León. Era posible y necesario seguir interpretándole su miedo a los más pequeños cambios, su necesidad de tener la mente vacía, su necesidad de mantener mi curiosidad y mi atención, su permanente preocupación porque yo no le entendiera pero me acercara demasiado, o le forzara a sentir otra vez sus sentimientos, etc, etc.. Pero, ¿entre quién y entre qué cosas estaban ocurriendo estos procesos?, ¿cuál era el significado o equivalente simbólico del encajamiento de León entre los dos cojines del banco?, ¿qué sentido tenían el movimiento y el cambio que tanto temía?, ¿quién o qué era yo en la transferencia?. Dado el despojado universo de León yo encontraba muy difícil hablar de significado: sonaba artificial y además, si yo insistía, provocaba su ansiedad y su odio.

Considerándolo más detenidamente, si yo le interpretaba que él no esperaba que yo le entendiera, a veces recibía tal interpretación con alivio y, como pude notar, con claras muestras de satisfacción. Sin embargo, si iba un paso más allá y le hablaba de mí como si fuera un progenitor inadecuado, se ponía ansioso. “¡No!, usted no es como mi mamá”. Un problema que surgió era que él entendía que yo era despectiva con sus padres y que insinuaba narcisísticamente

que era superior a ellos. Esto despertaba su lealtad hacia sus padres además de un temor a establecer una horrible connivencia conmigo contra ellos. En uno de sus raros comentarios espontáneos me dijo arrogantemente: “Conozco todos sus pequeños hábitos. Sé que su reloj le da vueltas en el brazo y que se quita el zapato”. Estas dos observaciones escogidas eran acertadas. Pensé que su significado era que él sabía que mi reloj -o sea, el ojo de su madre- tenía la costumbre de deslizarse alrededor de él sin percibirlo realmente. Y también conocía el hábito de su padre de no permanecer consigo mismo y de escaparse, p.ej. proyectándose en León, acercándose demasiado y metiéndose en él. Pero León no quería que estos pequeños hábitos” fueran fenómenos transferenciales con una dimensión de significado tal que mi reloj pudiera ser vinculado con un ojo. Él cortaba los vínculos entre su mundo interno y el análisis, al que despojaba de significado, y quería que yo aceptara y adoptara sus desconexiones, que ratificara su fantasía omnipotente de inversión -que él era grande y yo era pequeña- y que me uniera a él en estas y otras cosas. En este período yo también trataba de llamar la atención de León sobre el hecho de que la mayor parte del tiempo hablara quedamente para que yo me acercara a él para oírle, y de que yo tuviera que ir hacia él con preguntas puesto que él raramente hablaba de forma voluntaria. Le interpreté que él sentía que tiraba de mí hasta tenerme tan cerca que yo me volvía como los cojines que estaban a su lado. Le señalé que él quería que yo me quedara muy cerca, sin molestarle, sin hacer ninguna conexión o esperar que cambiara, mientras él estaba sentado y miraba inmóvil desde las alturas. León estuvo de acuerdo en que eso era lo que quería. También hizo libremente nuevos comentarios sobre él cuando yo relacioné lo que me permitía ver en la sala de juego con sus sueños diurnos en el colegio y con su gusto por permanecer en su cuarto cuando estaba en casa. Pero cuando yo intentaba investigar el significado (casi siempre parecía haber una parte de su yo para la que el significado era posible a pesar de su continuo despojamiento) de su alto observatorio, interpretándole gradualmente que con los movimientos que hacía para sentarse imaginaba que se metía dentro del cuerpo de su madre, en donde ser un bebé, o que él sentía que sujetaba a su madre y a su padre, uno a cada lado de él, y así impedía que se movieran y se juntaran, o que a veces él se sentía cambiado y grande y me veía pequeña desde lejos, León se enfurecía y se alteraba. A menudo salía precipitadamente de la habitación al lavabo, de donde volvía tapándose los oídos y diciéndome: “Odio lo que dice”.

En tales ocasiones, en lugar de ser sus cojines -una vez me explicó que no le preocupaban otros pequeños cambios en la habitación con tal de que los cojines no se movieran del sitio- él me veía ejerciendo mi función analítica. Entonces yo me convertía en unos padres que cambian y destruyen su fantasía de estar adentro. Su salida precipitada de la habitación expresaba su momentánea expulsión de su lugar en el banco, un cambio que le hacía odiarme.

Es interesante volver por un momento al comienzo de su análisis, a la circunstancia en que se produjo un cambio por primera vez. Mediante la exploración de la habitación y el conocimiento de la rutina fija de sus sesiones León conseguía mantener la fantasía de un mundo global sin cambios, sin individualidades, sin separaciones -el lapso entre sesiones o del fin de semana no existía para él. Esta rutina se vio alterada por primera vez por un lunes festivo. No pudo venir a la última sesión de la semana anterior; su padre me llamó asustado en el transcurso de su hora diciendo que se había citado con su mujer y su hijo en el Metro para traerme a León, pero no estaban allí.

El martes vino a la sesión sin gafas. Al principio estaba asustado de que le castigara y le sacara de su hogar en su banco o incluso de que le expulsara del análisis mismo por haber faltado a una sesión, pero se tranquilizó cuando le interpreté su aguda ansiedad. Entonces intentó volver a colocarme en el papel de su cojín pegado a él quedándose callado y haciendo pequeños movimientos para mantenerme pendiente de él. Después de esto me dijo que se le habían caído las gafas durante el fin de semana y se habían roto. Miró fijamente con ojos miopes a la puerta, donde dijo que había “olas”, y al suelo, donde había “pedazos no tan bonitos”. Creo que León había encontrado insoportable el cambio de rutina y no pudo venir, había hecho pedazos su vista

y también los objetos, de los que las “olas” y los “pedazos no tan bonitos” eran residuos, pero tal residuales que era imposible saber qué había fragmentado y expulsado.

Después de aproximadamente ocho meses de análisis León era más capaz de soportar el contacto con el contenido de su vida psíquica y entonces pudo quedar clara la naturaleza de los cambios que temía, al ir reapareciendo fragmentos de su situación edípica temprana a lo largo de sesiones muy espaciadas. Primero dejó el banco para sentarse por primera vez en la mesa. Sacó una baraja y jugamos a un juego. Él estaba en secreto muy satisfecho de haberse cambiado. Al día siguiente se sentó otra vez en la mesa. Trajo varias barajas. Mientras jugábamos dijo: “Estas cartas son de otra persona. Son más bonitas que las mías”, hablando como si consignara un hecho aceptado por él y por mí. No volvió a traer las cartas ni se volvió a mover de su banco durante diez meses. A través de este doloroso episodio pude vislumbrar el trauma que había supuesto y suponía todavía para él el nacimiento de su hermano, así como su convicción de que su familia pretendía que su hermano era mejor que él. León me mostró que se rendía y no competía; durante largo tiempo no lo volvió a intentar en la sala de juego, igual que hacía en casa o en el colegio.

A continuación de las dos sesiones de las cartas realizó varias maniobras para averiguar las fechas de las próximas vacaciones sin tener que *preguntar*. Cuando le dije las fechas mostró una de sus raras sonrisas y dijo: “de acuerdo”, asintiendo alegremente con su cabeza. Más tarde, la proximidad de la interrupción hizo que algunos sentimientos edípicos tempranos pugnarán por hacerse conscientes.

El último día de la semana León trajo un paquete de caramelos. Me dijo que si *quería uno*, enfatizando ligeramente “quería” y “uno”. Le interpreté que él deseaba saber si me gustaba lo que él me ofrecía y, en realidad, si me gustaba él. Continué diciendo que él estaba expresando su deseo de que yo fuera una madre que sólo le tuviera a él, en lugar de ser la madre que también tenía a su hermano. León se puso furioso. Presionaba y tiraba muy rápidamente de los botones de su reloj digital de pulsera, diciendo airadamente: “Voy a poner el reloj en hora”. Le dije que él sentía que yo había nombrado a su hermano en mala hora, justo cuando deseaba tenerme para él, y la rabia y la decepción estaban presionándole y tirando de él ahora. Vinculé estos sentimientos con su infancia y con que el bebé que todavía había en él sentía que su madre, al quedar embarazada cuando él tenía cuatro meses, se ocupó de su hermano en mala hora porque todavía necesitaba tenerla para él. León continuó presionando y tirando de su reloj con furia; toda su amabilidad había desaparecido. Salió precipitadamente al lavabo, volvió con apariencia de estar vacío y se quedó somnoliento. Sin embargo, cuando se despidió, sacudió su cabeza como diciendo: “de acuerdo”.

El lunes estaba apesadumbrado y en lugar de comprobar rápidamente que la habitación estaba igual se quedó mirando con curiosidad a su alrededor. Me habló anhelante de la “silla con cojín” que había al otro extremo de la habitación. Esta “silla con cojín” era más grande y él estaría más cómodo, y al no estar frente a mí no sería observado atentamente ni estaría observándose. Dijo con gran pesar que estaba “lejos”. No estoy segura de lo que significaba para él esta “silla con cojín”, pero era la primera vez que León había visto un lugar que deseaba conseguir y se había dado cuenta de que no podía, de que por el momento estaba demasiado lejos para él. Esta mejor comprensión de sí mismo suponía una ampliación de horizontes.

En las siguientes sesiones no volvió a mirar a la silla “lejana”. Limitó el área sobre la que se movían sus ojos al trozo de suelo debajo de él. Cada vez que iba a hablar se tapaba la boca con la mano y se lo impedía él mismo. Se mostró retraído y decaído. Cuando le hablé de la fuerza que le impedía hablar y moverse, y de que se sentía desesperanzado de poder alcanzar lo que deseaba, se conmovió mucho.

La última sesión de la semana fue otra vez diferente. León entró sin mirarme -ni siquiera cuando abrí la puerta delante de él- y me mantuvo totalmente fuera de su campo de visión en la sala de juego. Le interpreté que no quería mirarme porque al final de la semana yo era la analista que desaparecía. Todo su cuerpo se sacudió como si le estuviera atravesando una onda expansiva. Entonces dio una violenta patada en dirección a mí e hizo un gesto grosero de “vete a hacer puñetas”. Disoció sus sentimientos y se mostró distante. Dijo fríamente: “Tengo ganas de que lleguen las vacaciones”. Estuve de acuerdo con él y le dije que quería verse libre de mí porque ahora estaba siendo una odiosa molestia para él. “Sí”, contestó con una cruel sonrisa. Le hice notar esa cruel satisfacción e inmediatamente se puso ansioso y salió con precipitación al lavabo; al volver escuchaba atentamente mi voz para averiguar mi estado de ánimo. Cuando volví a mirarle me llevé una fuerte impresión. De forma totalmente inconsciente había hecho que su chaqueta quedara abultada como si fuera una mujer embarazada, al mismo tiempo que su cara había cambiado para convertirse en la de su madre. Estaba sentado con una creciente expresión de persona que sufre y que no es amada. Creo que había incorporado, identificándose totalmente, una analista/madre a la que había llamado cruelmente “odiosa molestia”. Cuando le dije que parecía que estaba sintiendo en su interior el sufrimiento de su madre embarazada no querida por él, la cara de León mostró aflicción. Por un momento hubo verdadero dolor. Después se le notaba enfadado y ansioso. Entonces se oyó un ruido en alguna parte de la casa. La palabra “hombre” salió involuntariamente de él; dijo, “H-O-M-B-R-E”. Era su reconocimiento de la presencia del padre cuando su madre quedó embarazada de su hermano.

Hacia el final de la sesión intentaba desesperadamente atraerme hacia él con sus métodos habituales, al tiempo que daba repetidamente tres golpes de una forma amenazante, indicando que una y otra vez aparecía un trío odioso y amenazador. Cuando salía, iba rozando el codo contra la pared como si buscara apoyo al sentir la cualidad excluyente de un bebé, o quizá a un padre que le cierra el paso hacia su madre.

El cierre de esta secuencia se produjo el lunes. León estaba distinto; por primera vez parecía un chico cercano a la pubertad, vestido con unos pantalones elegantes, como los que escogería un muchacho de doce años. Al principio se mostró más comunicativo y activo de lo usual, pero conforme avanzaba la sesión aumentaba su conflicto -sus pies se adelantaban y retrocedían bajo su banco- entre continuar adelante o retroceder.

Durante la última semana se convirtió en un observador distante desde su posición entre los cojines. En las sesiones no había ningún movimiento ni aparecían elementos significativos diádicos o edípicos. Las cercanas vacaciones estaban idealizadas. Dijo que estaba contento de irse porque esto era “inútil” y “aburrido”.

Su complejo de Edipo no era del tipo en el que lo principal es el deseo por la madre y la rivalidad con el padre. León no partía de una pareja sino de un trío amenazador -la madre embarazada de un nuevo bebé y el padre. No había rivalidad; en su lugar, como mostró en las sesiones del juego de cartas, había capitulación. León no establecía competencia ni con su hermano ni con su padre -se retiraba. El comienzo de la situación edípica fue tan intolerable para él que se deshizo de su sexualidad y de la de sus padres. Cuando empezó el análisis sus objetos sexuales internos fueron expulsados sobre el suelo y la puerta, y él parecía asexual. Sobre el suelo había una vagina y una boca confundidas, minuciosamente fragmentadas en pedacitos que le succionaban o le mareaban y le parecían “no tan bonitos”. Sobre la puerta había un pene del padre íntegro, muy invasor, reducido a un modelo, que es lo que era para León -su identificación predominante era con su padre.

En los estadios más tempranos del complejo de Edipo el niño tiene fantasías de que su madre contiene el pene del padre o al padre en conjunto, y del padre combinado con los pechos y la vagina de la madre, todos en un estado de gratificación permanente. Los sentimientos de

exclusión y de frustración de León se habrían visto enormemente incrementados por un nuevo bebé que estaba en realidad dentro de la madre, disfrutando de todo lo que él fantaseaba que se obtiene en su interior.

Más importante para León era el problema de la separación. El embarazo de su madre, cuando él tenía cuatro meses, llegó en un mal momento para su desarrollo, cuando todavía necesitaba una relación exclusiva para la recepción de sus proyecciones -sobre todo a causa de su desastroso comienzo. Todavía permanecía en la posición esquizo-paranoide, en el umbral de la posición depresiva, y las antiguas relaciones con objetos parciales se solapaban con las nuevas relaciones con objetos totales. La percepción de una analista que “desaparecía” provocó una onda expansiva que le atravesó. Se sintió rechazado e inmediatamente reaccionó con un doble ataque mediante el gesto de “vete a hacer puñetas” que también iba dirigido a su madre embarazada. La dulzura que había en él, basada en el 1:1 que deseaba con su madre, había desaparecido y su odio se volvió cruel. Estando embarazada, León no quería a su madre, de forma que cuando experimentó el sufrimiento de ella sintió un dolor más grande del que podía soportar, enfadándose y poniéndose ansioso. Su yo no podía hacer frente a la situación: se encontraba presionado y tironeado por una serie de emociones inmanejables. La primera vez que se canceló una sesión al principio de su análisis llegó incluso a romperse las gafas y a faltar a la sesión anterior. Ahora que su yo era algo más fuerte podía permitir que reaparecieran algunos elementos de su complejo de Edipo, ver a la madre, al nuevo bebé y al padre, que afectaban a su propia identidad. En lugar de ser asexual y de mirar el mundo a través de las gafas de su madre y de su padre a causa de su estado de identificación proyectiva con uno u otro, asumió una apropiada condición de muchacho por primera vez, aunque no pudiera mantenerla por mucho tiempo. Muy pronto se encontró otra vez con el conflicto entre seguir adelante o retirarse. Conforme se aproximaba la interrupción dispersó sus experiencias edípicas, que se hicieron invisibles al introducirse a través de la fantasía omnipotente dentro y entre objetos en los que permanecía y que eran sus cojines.

Los cojines de León son padres desexualizados a los que mantiene separados y alrededor de él -el resto aceptable que queda después de haber proyectado los componentes atemorizantes en el suelo y en la puerta. La naturaleza de la escisión sexual que ha tenido lugar es difícil de percibir porque estos objetos expulsados están minuciosamente fragmentados o reducidos a un simple dibujo. En otros pacientes como León para los que los estadios tempranos del complejo de Edipo constituyen un punto de fijación, esto es más posible. Melanie Klein escribe: “ésta (la figura parental combinada) es una de las formaciones fantásticas características de los estadios tempranos del complejo de Edipo, y si se mantiene vigente es perjudicial para las relaciones de objeto y para el desarrollo sexual”. (Klein, 1952)

En mi opinión, un importante rasgo característico de esta constelación es que la identificación proyectiva que pretende separar y atacar a los padres sexuales *fractura una combinación*. Dado que se trata de un nivel emocional temprano los objetos de la fractura ya están en cualquier caso distorsionados por proyecciones no recobradas, pero a través de su fractura y posterior proyección sus cualidades procreativas heterosexuales son destruidas y en su lugar el paciente queda con objetos sexuales patológicos -distorsionados, incompletos y deteriorados. A menudo el padre no es contemplado como padre o marido sino como un macho sádico y fálico, mientras la madre se convierte en una hembra débil y masoquista, estando los dos abiertos a alianzas homosexuales contra el otro sexo. Estas fantasías son tan omnipotentes que el paciente cree que ha logrado la separación de los sexos y tendrá, por ejemplo, sueños sobre ello donde las mujeres siempre están con otras mujeres o niñas, y los hombres también están siempre con otros hombres o con niños varones.

Por ejemplo, uno de mis pacientes veía a la analista que salía a recibirlo a la sala de espera como una mujer demasiado sensible e impaciente para ser empática y amable con él. Una vez en

el diván sentía que yo había cambiado. Entonces era un hombre alto, reservado y altivo, y él se proyectaba inmediatamente en esta figura, haciéndose igual.

Un paciente que analicé hace ya muchos años trajo sus imágenes fracturadas en un sueño.

Estaba en un país extranjero. Había dos casas separadas con una pista de tenis cada una. Aunque no había ningún signo externo de ello él sabía que en una de las casas había una mujer con corsé y medias deseando tener relaciones sexuales; la pista de tenis de esta casa estaba agrietada. En la otra casa la pista de tenis estaba intacta, y había en ella dos hombres uno frente a otro jugando un tenis muy competitivo sin red.

Este paciente había disociado a la pareja edípica temprana y mantenía relaciones separadas con cada miembro. Su sueño ilustra cuán profundamente afectadas estaban su vida sexual y sus relaciones de objeto. Para él, la madre era una hembra chiflada y seductora que deseaba tener relaciones sexuales con él -la mitad de su percepción predominante de mí en la transferencia durante mucho tiempo. Al comienzo del análisis estaba sumamente erotizado, sintiéndose casi totalmente identificado con una hembra loca y promiscua -la sexualidad promiscua con mujeres promiscuas era uno de sus problemas. Durante su adolescencia este paciente había sentido que estaba dentro de un cuerpo femenino con pechos, un sentimiento transexual tan cerca del delirio que no se había podido desnudar en el vestuario del colegio o nadar sin una camiseta que cubriera su pecho. Así, la mujer seductora de la casa del sueño era también él mismo dentro de su madre. Mientras tanto, los machos jugaban a parte un partido cara a cara, vigilante y competitivo, sin posibilidad de conocer la puntuación real. Esta era la otra mitad de su transferencia, que correspondía a su carrera, el área de su vida que superficialmente estaba intacta, aunque era enormemente envidioso y competitivo conmigo (como era con sus socios de negocios) y creía que yo también era así con él y que los dos hacíamos trampas para ganar. En estos casos el analista es convertido con frecuencia en un mirón, mientras el paciente realiza actuaciones sexuales con parejas inapropiadas en dolorosos triángulos, donde la posesión de uno excluye y convierte en hostil al otro integrante de la combinación.

León fracturaba a los padres combinados de una forma bastante similar a la del paciente que me disociaba entre la sala de espera y la consulta. Como pudimos ver más tarde en el análisis, como madre yo tenía que ser apartada del padre, acercarme a él y sonsacarle con preguntas, no sólo cuando estaba ansioso y me necesitaba sino también cuando era hostil y elegía no relacionarse conmigo. Entonces su sentimiento era que yo no era una madre sino una niña pequeña, demasiado débil, que no se enfrenta a su hostilidad sino que la amortigua a través de la humillación y de la súplica, que se transforman en una horrenda absorción masoquista de él. El cojín del otro lado era una caricatura del padre que idealiza estúpidamente lo práctico y lo común, cruelmente reservado con sus intenciones y con su matrimonio, y que sin embargo desea acercarse y hacer pareja con León.

Con respecto al complejo de Edipo temprano que sigue a un desarrollo anterior defectuoso hay dos aspectos que mueven al paciente a fracturar y retirar de su vista a los padres edípicos combinados. El primero de ellos es la estimulación de esta escena primaria primitiva. León, por ejemplo, se sentía presionado y estirado por una avalancha de sentimientos que superaba la limitada capacidad de su yo para tolerarlos. El segundo aspecto proviene del hecho fundamental de que la escena primaria excluye al paciente. En este estadio temprano, y especialmente cuando ha habido un uso excesivo de la identificación proyectiva para compensar relaciones de objeto perturbadas, la exclusión se experimenta como una expulsión del objeto. El paciente no sólo se siente imposiblemente estimulado sino también ajeno y solo -dos aspectos que espero ilustrar con un breve material del Sr. A.

El Sr. A., hombre inteligente y sensible, estaba casado y era padre. Anteriormente había tenido varias relaciones homosexuales y cuando se encontraba bajo presión todavía tenía fuertes inclinaciones homosexuales. Entre sus razones para acudir a mí para analizarse estaban unos celos atormentadores de su mujer. Pensaba que ella le estaba traicionando sexualmente -aunque no estaba seguro si ella lo hacía en realidad o si sólo se atormentaba con fantasías. Si la veía hablar por teléfono o arreglarse para salir, la veía planear, y casi tener, relaciones sexuales con algún otro.

Había muchas líneas en el análisis del Sr. A. que debo ignorar para centrarme en lo que es relevante para este capítulo. En algunos aspectos el Sr. A. era como León. Era afectuoso y tenía una fuerte pulsión de muerte y una profunda convicción en un rechazo fundamental por parte de una madre narcisista aunque preocupada. El Sr. A. carecía de un objeto bueno firmemente internalizado y utilizaba la identificación proyectiva y el control omnipotente como sus métodos fundamentales de actuar con sus objetos. A diferencia de León no jugó ningún papel en la determinación de su complejo de Edipo un embarazo prematuro, ya que el Sr. A. era el hermano pequeño. La circunstancia externa adversa en su familia era el grado de evidente perturbación sexual. Tanto el padre como la madre parecían haber tenido inclinaciones homosexuales y desde los trece años un hermano mayor había tenido relaciones sexuales con mi paciente. Ya que las degradadas figuras sexuales eran el resultado de las proyecciones del Sr. A. y de la fractura de la pareja edípica, y hasta cierto punto también correspondían a sus padres reales (y posteriormente a otros objetos reales), el Sr. A. a menudo se sentía confundido y sufría una pérdida del sentido de realidad; si no había objetos que hicieran posible una prueba de realidad se aterrorizaba.

A diferencia de León, el Sr. A. era sumamente activo y durante el análisis estaba muy erotizado. Pretendía una penetración y una posesión inmediatas para librarse de la confusión y la ansiedad. La necesidad de sentirse dentro de su objeto y de no estar afuera y solo, de ser aceptado al instante y formar una pareja excitada, era primordial en él y constituía (junto a las identificaciones) la fuerza motriz de su homosexualidad. Al principio despojó la relación entre paciente y analista de significado transferencial -era él y yo, algo personal. Yo era un "nuevo" objeto idealizado que le iba a proporcionar lo que todavía no había podido encontrar, dándoselo de una forma que pudiera tolerar, sin exclusiones ni esperas, sin provocar ansiedad, culpa, envidia o celos, ni herir su narcisismo. Estaba excitado principalmente por una fantasía homosexual en la que se encontraba dentro de un gran falo mirando desde lo alto y controlándome a mí -un muchacho que le admiraría y le serviría. Pero si yo le perturbaba de alguna manera se volvía frío y cruel. A veces se hallaba en estado de identificación proyectiva con una figura afeminada, más débil y corrupta. Los sexos estaban todavía disociados. Esta transferencia erótica homosexual y la convicción de obtener relaciones erotizadas perversas en todas partes constituyeron durante mucho tiempo un enclave desconectado de su situación edípica. Las figuras edípicas no estaban a la vista ni dentro ni fuera del análisis, como tampoco lo estaba el niño que había en el Sr. A.

Cuando disminuyó su excitación se mostró vigilante. Comenzó a ver en el despacho, en mi vestimenta, en mis palabras, "indicios" de relaciones íntimas, fiestas, sexo, etc..., que le invitaban o le excluían -no sabía decir bien. En este material se escondían confusas ilusiones edípicas y dudas sobre mi sexualidad. ¿Había estado yo, quizá todavía lo estaba, realmente excitada y supercomprometida con él, como él estaba conmigo?. Este periodo de su análisis fue tan doloroso que yo diría que el Sr. A. sufrió lo indecible conforme emergían sus profundas sospechas, ilusiones y confusiones edípicas. Sus sentimientos paranoides decrecieron gradualmente y aceptó que yo tuviera más contacto con su vergüenza, decepción, ansiedad y depresión respecto a sus objetos y a sí mismo.

Conforme sus ilusiones sexuales se desvanecían en la transferencia comenzó a sentirse a veces dolorosamente expuesto a una pareja edípica que no consumaba sus fantasías sino que le excluía. En ese momento había considerables dificultades en su vida y el Sr. A. se alteraba por

los "indicios" con más facilidad de lo usual en esta etapa. Un detalle importante es que el día de la sesión que transcribo yo iba vestida más formalmente de lo habitual.

En el momento en que me vio salir a recibirlo a la sala de espera se mostró ansioso y con semblante sombrío. Ya en el diván, estuvo callado largo rato. Después comentó que había tenido un sueño y, hablando con rapidez en un tono desesperado y excitado, dijo que estaba en Francia y había ido a un restaurante y había pedido "tête de veau" ; cuando el camarero se la trajo estaba en el plato sin ojos, con las órbitas oscuras, la boca vacía, con cosas negras, champiñones, el cuello plantado, ...siguió y siguió. Hizo una pausa, esperando, pensé yo, que le interpretara algo relativo a una cabeza cortada o a unos ojos que no ven. Sin embargo el efecto de su rápido relato de lo que él llamaba un sueño -el cual creo que era más bien una repentina huida hacia la fantasía psicótica- había sido el de proyectar el caos y la perturbación en mí. El Sr. A. continuó: "Después había algo de cuerda", -¿se dice "fiselle"? . Eso es lo que pedí. ¿O era "cervelle"? ". Se detuvo otra vez.

Poco después habló sobre un orinal con volantes o sobre un pastel que rebosaba sobre el borde y cosas así. Cuando se detuvo le interpreté que se había metido en el mundo de sus sueños y quería que yo me uniera a él allí para escapar del caos y del trastorno que le había causado la visión de mi traje de chaqueta. Él contestó: "Estaba distraído. Pensaba en análisis, anal Isis. ¿Traje?. ¿Qué traje?. Ah, quiere decir su traje". El Sr. A. continuó burlándose de mí y fingiendo no saber de qué le estaba hablando. Le sugerí que cuando me veía y ahora que le estaba hablando se sentía controlado, obligado a percibir mi traje y a hablar de él, además de ser forzado a sentirse trastornado y caótico por esto, y que esto era tan ofensivo para él que le impulsaba a la burla y al fingimiento.

El Sr. A. continuó a menor velocidad con su "sueno" o tema francés con más variaciones, pero su excitación fue disminuyendo. Terminó diciendo con un tono amargo: "Charlus de Proust encargó algún negocio sucio, pero lo único que vio fue a sus padres -haciéndolo-". Yo le dije que me parecía que estaba describiendo sus experiencias en la sesión. El negocio sucio que quería era que yo me uniera a él en su mundo de fantasía homosexual, pero se dio cuenta de que yo estaba haciendo mi trabajo, los padres "haciéndolo", cosa que le hizo sentir amargado y despectivo. Tras un largo silencio, el Sr. A. dijo: "Allí no estamos juntos. Estoy solo". Comenzó a llorar diciendo: "Es ridículo sentirse así".

Melanie Klein escribió: "En ocasiones el analista parece representar simultáneamente a ambos padres -y en este caso a menudo en una alianza hostil contra el paciente, por lo que la transferencia negativa adquiere una gran intensidad".(Klein, 1952). Mi traje es el "indicio" de una pareja primaria hostil que resulta tan perturbadora para el Sr. A. que le impulsa a desarrollar fantasías defensivas perversas y destructivas. Anteriormente el Sr. A. se había sumergido en fantasías homosexuales durante sesiones; se había ido sintiendo progresivamente apartado y perseguido y había acabado con una depresión masoquista. En esta sesión conseguimos pasar sobre sus rápidas y masivas defensas contra la perturbación y la estimulación edípicas, y él pudo recuperar el contacto consigo mismo y conmigo. Entonces tomó conciencia de que sus padres "lo hacían", de su hostilidad hacia la relación entre ellos y de sus amargos sentimientos de traición. El niño que había dentro del adulto se presentó de pronto en el diván, se sintió solo y rechazado, y lloró.

Unas palabras sobre técnica antes de concluir. El Sr. A. presionaba a su analista para que se le uniera en el negocio sucio homosexual, mientras que León la presionaba para que fuera un cojín contra los cambios y los significados. Parte de la presión para "actuar" con el paciente es la presión para que formule interpretaciones que acepten que los negocios sucios y lo que no cambia y no tiene sentido es todo lo que hay. El paciente invita al analista a ignorar el trabajo

mental que ha realizado, y que todavía está realizando en la sesión, para que se mantenga invisible una situación edípica temprana que se está esforzando por controlar y eliminar.

Un pequeño ejemplo procedente del material de León: cuando trajo los caramelos y me dijo que si yo *quería uno*, la simple interpretación de su deseo de ser único para mí en esta sesión no habría tomado en cuenta la situación global -v. gr., que él estaba intentando hacer invisible e inducirme a mí también a liquidar el hecho de una interrupción de fin de semana que significaba que yo, como madre, le excluía a él porque tenía otro bebé. La interpretación, más completa, de su deseo de una madre que no fuera también la madre de su hermano, le permitió expresar, en lugar de mantenerlo disociado, su rabia hacia una madre que le imponía un hermano en un momento inoportuno. Con el Sr. A. se presentó el problema opuesto en la sesión transcrita. Su presión no fue, como en el caso de León, para que yo fuera demasiado despacio o para que no fuera en absoluto, sino para que fuera demasiado rápido, para que corriera a interpretar el contenido de su sueño. De haberlo hecho yo así creo que él podría haber sentido que había fracturado a los padres combinados y me había unido a él homosexualmente en un “negocio sucio”. Tal como se hizo, él sintió que sus padres se mantenían firmes y que estaban “haciéndolo” -esto es, que yo me mantenía en mi tarea de entender el caos emocional y la perturbación que le provocaba la combinación edípica.

Naturalmente un analista ha de intentar percibir en cada nueva sesión lo que es urgente y suficientemente cercano para ser potencialmente dinámico. En otras sesiones puede que sea en la exploración de la necesidad primaria de León de una relación 1:1, o en el significado de los detalles de las veloces fantasías del Sr. A., donde radica la dinámica emocional.

Resumen

León y el Sr. A. pertenecen a un grupo de pacientes en los que el complejo de Edipo no forma parte de un proceso normal de desarrollo donde predomina el deseo sexual y la rivalidad celosa. A causa de sus continuadas defensas contra su temprana debilidad no resuelta, el conocimiento de una pareja edípica se les impone. Ello les resulta casi intolerable, por lo que utilizan nuevas defensas para hacerla y mantenerla invisible. Así pues, no estoy de acuerdo con la opinión de Kohut de falta de complejo de Edipo en estos casos.

Sobre todo, dado que la identificación proyectiva con el objeto se ha convertido en su manera de afrontar sus alteradas relaciones con su objeto original, el conocimiento de una figura combinada les arroja de su refugio proyectivo dentro del objeto. Además, los padres combinados -una estructura cruel en estos casos- obligan a ser un observador sexual, amenazan con la invasión o la succión en su coito perpetuo, estimulan la envidia e incrementan enormemente la ansiedad y la depresión. Debido a que el paciente carece de una figura internalizada que pueda contener y modificar este casi abrumador estado mental, se siente solo frente a un peso psíquico insoportable y un amenazante caos. Para descargar su psique y reintroducirse en el objeto el paciente se inserta entre la figura combinada en la fantasía, separa a la pareja, y se proyecta en uno u otro miembro de la pareja separada. Sin embargo, estas relaciones exclusivas difieren significativamente de las relaciones pre-edípicas más tempranas. Sus objetos, que ya estaban distorsionados por proyecciones no recuperadas, llevan ahora las marcas de la fractura defensiva y ofensiva de su combinación sexual para que el paciente se sienta en un mundo no de figuras edípicas sino de objetos sexuales degradados y dañados. Esta forma de escisión de un objeto en los estadios tempranos del complejo de Edipo produce un efecto tan característico que creo que debería conocerse por el nombre especial de fractura de un objeto. La inmovilidad asexual de León y la homosexualidad del Sr. A., ambas con una confusión que en ocasiones roza lo delirante, son dos de las variadas formas que esta constelación puede tomar; las relaciones sexuales patológicas en un marco triangular también son características.

Finalmente, a causa de su carencia de un objeto interno bueno, estos pacientes se sienten poco capaces de soportar la soledad. Deben de estar en un estado de identificación proyectiva con otro objeto. En el análisis de León la soledad todavía no es ni siquiera una dinámica, y el Sr. A. después de bastantes años de análisis todavía se aflige cuando percibe la pareja paterna y se siente solo. Para ellos la historia edípica comienza ahí -con la expulsión. Después de todo es ahí donde comenzaba el mito original: Layo expulsa a Edipo.

EDNA O'SHAUGHNESSY, *El complejo de Edipo hoy. Implicaciones clínicas.*
Promolibro, Valencia, 1997